

CERÁMICA COMÚN ROMANA

Cuenco carenado con banda digitada.

Siglos II-IV dC

Sondeos arqueológicos en la *Via Nova*. A Lama do Picón (Lobios), 1989

Depósito en el MAPOu

En el año 1988 bajo el aval del Museo Arqueológico de Ourense y en base a convenios de colaboración suscritos entre el INEM y el Ayuntamiento de Lobios daba comienzo un proyecto de catalogación de su patrimonio arqueológico por quedar parte de las tierras de este ayuntamiento anegadas por el futuro embalse de Lindoso. Los trabajos de prospección -inicialmente- y de sondeos y excavación -con posterioridad- en algunos de los yacimientos que entonces se consideraban más representativos, tuvieron continuidad durante los años 1989 y 1990.

Conocer con certeza el decurso o trazado, a lo largo de este ayuntamiento, de la calzada romana conocida como *Via Nova* -así llamada en los mismos miliarios que jalonan su decurso, y con el calificativo de nova, por ser construida en época flavia, frente a otras más antiguas, de época augústea- era uno de los objetivos. Por eso los trabajos de 1988 permitieron documentar, primeramente, el *agger* o plataforma de la vía a lo largo de 130 m. en el paraje conocido como Ponte Nova, al lado del regato o corga do Crasto. En este punto nos encontramos hoy con uno de los mejores ejemplos conservados de decurso viario en una zona de montaña, en el que para mantener su rasante, media vía funciona como cantera y la otra media se conforma mediante terraplén o macizado, delimitado exteriormente mediante muro de contención o de acompañamiento, que, en general, llega ya hasta nosotros muy por debajo de su altura original, lo que sin duda enmascara la ruptura de pendiente antropizada que generó la construcción de dicha vía.

Al lado de las vías se colocaban, para medir las distancias y cada mil pasos -o lo que es lo mismo, cada milla romana-, unas columnas cilíndricas llamadas miliarios, similares a los hitos o marcos kilométricos actuales y los puntos coincidentes con su localización se conocen como reducciones de milla. En el año 1989 los trabajos de identificación se llevaron hasta aquellos puntos donde en la década de los setenta del siglo pasado se habían localizado miliarios de esta vía coincidiendo con la reducción de las millas 35 y 36, como así se marcaba en los propios miliarios, hoy concentrados artificialmente en el paraje ya citado de A Ponte Nova.

Los trabajos de 1989 pretendían también abrir nuevos frentes de investigación arqueológica con criterios stratigráficos, por eso tras el desbroce superficial de vegetación que cubría el ya muy destruido *agger* de la vía, se realizaron sondeos en dos puntos de las respectivas millas donde las evidencias superficiales parecían detectar dos miliarios caídos. Sospecha que se confirmó apareciendo en la milla 35, y cubierto por sedimentos de ladera, un nuevo miliario dedicado a Constancio I "Cloro" y en la segunda otro dedicado a Constantino I el Grande. En el primero de los puntos -milla 35- se detectaban también superficialmente -en las cercanías del lugar de aparición del nuevo miliario- dos fragmentos de cerámica común romana que motivaron la

realización de una cata de sondeo de 2,25 m²; cata en la que se documentó grande cantidad de fragmentos de cerámica común romana de cuyo estudio resultaron tres grandes tipos formales: tapaderas, escudillas o cazuelas y cuencos.

La definición de cerámica común romana es, en general, poco clara, ya que se utiliza convencionalmente para reunir a toda una serie de familias cerámicas en las que prima el aspecto funcional sobre lo artístico; familias cerámicas donde podemos diferenciar, ateniéndonos a su función, entre cerámica de cocina, de preparación de alimentos, de almacenaje y de mesa. Se trataría, pues, de cerámicas utilizadas cotidianamente en la cocina, en la despensa y en la mesa y carentes de valores suntuarios, lo que las convierte en poco estudiadas si las comparamos con las *sigillatas* e incluso con las ánforas, y, por lo tanto, en el pariente pobre de las cerámicas romanas.

Los fragmentos recuperados corresponden todos ellos a cerámica hecha a torno y en el conjunto sorprende la total ausencia de fragmentos correspondientes a ollas -el *aula* u olla latina-, en general casi siempre presentes dentro del grupo de cerámica de cocina y de conservación y almacenamiento de alimentos. Hay también una total ausencia de huellas de exposición al fuego como puede ser el ahumado de superficies, especialmente en la zona inferior de las piezas. La mayor cantidad de fragmentos -y de este modo el mayor número de piezas restauradas- corresponde a la tapaderas -*opercula*- cuyos diámetros oscilan entre los 19 y 24 cm. y destinadas a servir de cubierta, fundamentalmente, a la cerámica de cocina facilitando la cocción de los alimentos o incluso sólo su conservación. En el caso de aquellas tapaderas con pomo plano y ancho no se puede descartar que tuviesen una doble funcionalidad tanto de tapadera como de plato dada la buena estabilidad facilitada por dichos pomos.

Siguen en importancia numérica los fragmentos correspondientes a cazuelas con asas o escudillas. La cazuela -o *caccabus*, como así se conocía en la Antigüedad- era sin duda la forma cerámica de cocina más difundida en la ciudad de Pompeya. En nuestro caso se trata de cazuelas con asas, con inflexión interior en el borde adaptado para recibir una tapadera, de color ocre producto de una cocción oxidante y con un engobe rojo cuando menos en el interior de la pieza. Sus diámetros están alrededor de los 22/23 cm. Las cazuelas, al igual que las ollas, son cerámicas de cocina, si bien por su forma se adaptan mejor la realización de asados y guisados, frente al cocido característico en las ollas.

Finamente los fragmentos procedentes del sondeo nos sitúan ante un tipo de pieza en el que se conjugan el aspecto funcional y artístico, de tal manera que incluso podrían poner en entredicho la propia definición de cerámica común romana. Se trata de un cuenco cuyos fragmentos conservados nos proporcionan un diseño carenado, con borde a manera de visera, muy exvasado, horizontal -lo que también facilitaría su cubierta con una tapadera-, que traspasa claramente la amplitud máxima del cuerpo de dicha pieza, con un labio convexo. Presenta además un cordón digitado bajo el borde en toda su extensión como gramática decorativa más singular, si bien la propia carena aparece también enmarcada por dos acanaladuras muy superficiales que delimitan el sector medio de la pieza. Su diámetro máximo es de 21,2 cm. El fondo ya no se conservaba pero por la curvatura de su cuerpo cabe sospechar un fondo plano y amplio. Su pasta es de color ocre y en la parte superior del borde y en el interior del cuerpo presenta aún

restos de un engobe muy diluido o aguada de color ocre amarronado. No presenta tampoco evidencias superficiales de carbonización.

Este tipo de pieza tiene los paralelismos más próximos en la cerámica común romana de la ciudad de Lugo, en un doble sentido: en las tazas carenadas de borde horizontal en cuanto a diseño formal y en las tazas semiesféricas con banda aplicada dedada en cuanto a la gramática decorativa del borde. En el caso de las primeras la general ausencia en ellas de manchas de carbonización -como en nuestra pieza- hace descartar que se trate de cerámicas de cocina expuestas al fuego, si bien eso no significa que pudieran haberse utilizado en el servicio auxiliar de la cocina; sin embargo, probablemente, su función más común debió ser la de cerámica de mesa de uso colectivo lo que incluso explicaría los valores estéticos presentes en la pieza. Uso en la mesa que también se sugiere para las tazas digitadas de Lugo.

En cuanto a la cronología de estas piezas, los dos tipos de tazas ya citados en la ciudad de Lugo se vienen situando en los siglos II-III dC; cronología esta que coincidiría con los momentos bien documentados de uso de esta vía en este punto de A Lama del Picón, donde uno de los miliarios dedicado a Adriano (133 dC) conserva con claridad el numeral 35 -al igual que el miliario de Caracalla-, señalándonos así que la distancia hasta donde se comenzaba a medir -Braga- era de 35 millas. La presencia también de miliarios tardíos como el de Constancio I "Cloro" (293 dC), quizá permita ampliar incluso hasta el siglo IV el marco cronológico ofrecido para estas piezas.

Más complejo resultar abordar su lugar de fabricación, pues más allá de los paralelismos formales y decorativos con las cerámicas de la ciudad de Lugo, no podemos olvidar que el lugar del hallazgo se localiza próximo a la ciudad de Braga, centro alfarero de primer orden que no sólo fabricaría cerámica muy específica de lujo o semilujo -la conocida cómo cerámica bracarense- sino también, probablemente, cerámicas comunes.

Finalmente, un problema importante es explicar la presencia de este conjunto cerámico sobre el hoy ruinoso *agger* de la vía y cubierto por una capa de sedimentos de ladera - como el miliario descubierto a su lado-; sedimentos directamente vinculados a uno pequeño riachuelo que baja de la Serra do Xurés que su vez debe verse cómo responsable del proceso erosivo de dicho *agger*. En el momento actual cabría pensar en mercancías en tránsito caídas sobre la vía que el paso del tiempo cubrió con sedimentos de ladera. Es también significativo que los miliarios fragmentados aquí localizados no presenten huellas de ruptura por la acción del hombre, quizás porque fueron rocas desprendidas desde la ladera las responsables de su fractura e incluso de reventar el muro de contención que contenía la plataforma de la vía.